

sobre el mar. Después de añodada al Austria en Ulma y en Austerlitz, se complació en despedir á Rusia batida y confusa á su territorio, y en cubrirla de ridiculo á Prusia, llegada con ánimo de imponerle la ley. Este era el momento de volver á la razón, y de tomarse á colocar en la paz de Luneylle y de Amiens consolidada y engrandecida. No haciendo sufrir al Austria mas que pérdidas inevitables, é indemnizándola en caso necesario, consintiendo á Prusia de su posición embarazosa por virtud de miramientos, y de donaciones que no la embriasen de oprobio; no pidiendo á Rusia mas que su abstención de figurar en una querella, á la qual era estraña, Napoleon aislara á Inglaterra, la compelió á asentir á condiciones de su agrado, y tornara á la política consular con su título imperial universalmente reconocido, y con algunas mas adquisiciones, inútiles sin duda, bien que brillantes. Desgraciadamente, en vez de hacer de sus triunfos de Ulma y de Austerlitz lo que eran y debían ser, un medio de vencer á Inglaterra por tierra, aquí buscó la ocasion de la monarquía universal. Esta fué la segunda de sus grandes faltas, y la que definitivamente le debia empujar en la via de la política locamente conquistadora. Entonces sin interrupcion se le vió tomar á Nápoles para su hermano José, la Lombardia para su hijo adoptivo Eugenio, la Holanda para su hermano Luis, desfilados los tres á figurar como reyes tributarios del gran imperio de Occidente; desmembrar la Alemania que había reconstituido y que era una de sus mejores obras; erigir una Alemania francesa bajo el título de Confederacion del Rin; una Alemania de la qual estaban excluidas la Prusia y el Austria;

con la corona de los Césares á sus sienas; afrentar á Prusia con la donacion del Hanover; y sin embargo á la sazón era tan poderoso, que aun la paz no se había hecho imposible á pesar de tales excesos; tan deseada era con él por decirlo así, á toda costa. Rusia le envió á Mr. de Oubril, Inglaterra al lord Lauderdale, y después de empresas tan exorbitantes, no pedian otra satisfaccion que la Sicilia para la casa de Borbon, y para la casa del Saboya la Cerdeña. Queriendo Napoleon tratar serparadamente con una y con otra, para doblegarlas mejor á sus voluntades, no hizo la paz con ninguna, la paz que fuera la consagracion de todo aquello á que se había atrevido; con motivo de la restitucion de Hanover á Jorge III, negó una simple explicacion á Prusia, y volvióse á hallar lanzado en la universal guerra desde entonces. Pero tenia los primeros soldados del mundo, y era el primer capitán de los tiempos modernos, y quizá de los tiempos antiguos. En el trascurso de pocos meses viósele aniquilar al ejército prusiano en Jena, y consumir en Friedland la destruccion del ejército ruso. A contar desde este dia, ya la envidia no tenía que hacer ni la mas leve picadura á su orgullo; no le podia ya oponer el ejército de Federico el Grande, reducido á la nulidad en una sola jornada, ni las distancias que debian hacer invencible á Rusia. Esta era la ocasion, todavía mejor que después de Austerlitz, de volver á entrar en la verdadera política, de servirse de su pujanza sobre el continente, á fin de privar por siempre á Inglaterra de aliados, agasajando, por ejemplo al Austria con las provincias del Danubio; haciendo de esta donacion al Austria el sólo castigo de Rusia; restauran-

do á Prusia abatida; devolviéndola cuanto habia perdido por su imprudencia, y llenándola así de asombro, de júbilo y de gratitud; y de cierto con Austria consolada, con Prusia unida para siempre á Francia, con Rusia castigada dos veces á consecuencia de su intervencion imprudente, aislada Inglaterra para siempre depusiera las armas, y el vasto imperio imaginado por Napoleon quedara consagrado de este modo. Pero subsistia la causa que le hizo salir de la politica moderada de 1803, y le impidió volver á ella despues de Austerlitz; y ebrio de soberbia, tratando de sistematizar sus faltas para excusarlas á sus propios ojos, y no vacilando en suprimir mentalmente, como si no existieran, los mas de los Estados de Europa, no quiso ya ver mas que dos grandes imperios, el de Oriente y el de Occidente, apoyándose el uno en el otro, y permitiéndose con la pujanza de este apoyo toda clase de excesos de poder sobre el mundo esclavo. Esta fué la tercera de las grandes faltas de Napoleon, porque la tal alianza rusa, única base de su politica desde entonces, no podia ser mas que una mentira ó un atentado contra Europa; una mentira si por su parte se lo queria permitir todo, sin que permitiera nada á Rusia, un atentado contra Europa, si abria á su aliado el camino de Constantinopla. ¡Ah, arrebatado por el torrente de la conquista, iba tan de prisa, y reflexionaba tan poco, que ni se habia consultado hasta donde consentiria avanzar á Rusia por el camino de Constantinopla, ni qué haria de aquel gran ducado de Varsovia, que no era nada si no era la Polonia! Solo se habia fijado en que con la aquiescencia de Rusia resolveria la cuestion de España, y este era á la

sazon su pensamiento dominante. No faltaba mas que la España, regida aun por los Borbones, á su vasto imperio, y no queria dilatar ni una hora el ansia de convertirla en uno de los reinos tributarios del de Occidente. Sometida España, avergonzada de su estado, demandándole una politica, un gobierno, una esposa, tal vez llegara á demandarle un rey, si supiese tener espera. Mas ya era incapaz de prudencia como de templanza, y le ocurrió hacer que los Borbones huieran de Aranjuez con el fin de detenerlos en Cádiz. Habiéndose opuesto el pueblo español á su fuga, los atrajo á Bayona, precipito uno sobre otro al padre y al hijo, se prevaleió de sus divisiones para declarar incapaz al uno é indigno al otro, y puso fin á esta sombría comedia con una usurpacion que escandalizó á Europa, sublevó á España, y convirtiola en una inmensa Vendée, en cuyo seno nos suscitaron una guerra sin termino un pueblo nuevo como los españoles, y un pueblo tenaz como los ingleses. Esta falta fué la cuarta del reinado imperial, y la mas grande seguramente despues de la de abandonar la politica moderada de 1803, porque trajo la ruina del ejército francés consigo, del ejército francés, único apoyo de la dinastia de los Bonapartes, desde que Napoleon hizo de su reinado el reinado de la fuerza.

Bailen, nombre funesto. Bailen fué el primer castigo del atentado de Bayona. A la vista del sublevado paisanaje haciendo cara y obligando á capitular á nuestros soldados, se vió cobrar brios á la Europa abatida, y al Austria impaciente dar la señal del levantamiento general en 1809. Privado Napoleon de sus mejores tropas empleadas en España corrió sobre Austria con conscritos, operó

portentos en Ratisbona, se expuso á gran peligro en Essling por exceso de precipitación, dió cima á nuevos prodigios en Wagram, é hizo así caer esta primera sublevacion de Europa de que Austria habia dado la señal prematuramente.

Sin embargo, bajo la planta de Napoleon habia temblado la tierra, y en su cabeza desvanecida penetraron algunas luces. Conoció la necesidad de aplacar á Europa y formó el proyecto de evacuar la Alemania, de aplicar el bloqueo continental con perseverancia, de concluir la guerra de España, dedicándose exclusivamente á ella, de reducir por este doble medio á la paz á Inglaterra, de descansar luego y dejar descansar al mundo, y de contraer matrimonio para dar á la monarquía universal un heredero.

Con estas miras pacíficas, Napoleon habia incorporado al imperio en quince meses Holanda, Brema, Hamburgo, Lubeck, Oldenburgo, la Toscana, Roma, y arrancado de allí al papa; y prohibido á los comerciantes del continente la comunicacion con Inglaterra, aun concediendo á los comerciantes franceses facultad de ir á Londres y de volver por medio de licencias; y contraído finalmente matrimonio con una archiduquesa austriaca, sin dignarse ni retirar su promesa á la hermana del emperador Alejandro, despues de haberla tenido en espera, y terminando así aquella mentira de la alianza rusa, que valió á Rusia la Finlandia y la Besarabia, y á nosotros la facultad de perdernos en España.

No obstante, bajo la impresion de la batalla de Wagram, y á pesar de su intenso odio, se sometió el continente. Solo Rusia presentó algunas observa-

ciones acerca del territorio de Oldenburgo, arrancado á un príncipe de su familia, acerca de la manera de entender el bloqueo continental, y acerca del gran ducado de Varsovia, sucesivamente aumentado hasta el extremo de estar en visperas de ser una Polonia. Ya entonces, hallando Napoleon harta larga la guerra de España, y no menos largo el bloqueo continental, se quiso meter por Rusia imaginando que, tras de castigar á tal distancia á una potencia que habia osado levantar la voz, se podria felicitar de haber dado cima á la terrible lucha emprendida contra el mundo. Esta fué la quinta de sus grandes faltas, sin que sepamos decir hasta qué grado fué de mas ó menos magnitud que las anteriores, pues uno se halla perplejo al pronunciar el fallo, sobre todas y decidir si fué mas grave la de romper fuera de sazón la paz de Amiens, ó la de sonar con la monarquía universal despues del Austerlitz, ó la de fundar despues de Friedland su política en la inexplicable alianza de Rusia, ó la de comprometerse en España, ó la de irse á precipitar en el camino de Moscou. Sea como quiera, se hizo seguir por seisientos mil soldados, y esta vez lanzóse á luchar contra los hombres y contra la naturaleza. Pero la naturaleza se defiende mejor que los hombres, y así opuso en resistencia sucesivamente al vencedor de los Alpes la distancia, el calor, el frío y el hambre. Y á pesar de todo pudiera ser vencida con el tiempo. Mas Napoleon no disponia de este gran recurso. No se lo dejaba el mundo sordamente conjurado, y necesitaba salir vencedor en una campaña. Entonces sucumbió al rigor de una catástrofe que será la mayor de los siglos.

Desconsolada Francia dióle generosamente con

que rehacer su grandeza, á la par que la nuestra, y á punto estaba de lograrlo despues de Lutzen y Bautzen mas allá de lo apetecible, cuando la esperanza loca de rehacerla del todo y de un solo golpe le hizo cometer la sexta y última de sus grandes faltas, pues fué la que consumó su ruina, la de rehusar las condiciones de Praga y extender de Dresde á Berlin el radio de sus operaciones, siendo así, que de concentrar sus fuerzas detrás del Elba, se pudiera hacer inexpugnable. Obligado á abandonar la Alemania, recibió la tercera oferta, la de la frontera del Rhin, á la cual erró en dar una contestacion ambigua, por recelo de aparecer harto anheloso de venir á ajustes, y mientras perdía un mes en explicarse, lo aprovechó Europa muy á maravilla en adquirir luz acerca de la situacion de Francia, concluyendo por retirar la oferta y cruzar el Rhin. Entonces Napoleon dedico á resistir á condiciones humillantes el talento y el carácter que habia dedicado á perderse, y acabó como grande hombre el reinado que habia empezado de igual modo, aunque viciandolo á la mitad con una ambicion del corte de la de los conquistadores del Asia; reinado singular, del cual se puede muy bien sostener que nada hay mas perfecto que el principio, ni mas extravagante que el medio, ni mas heroico que el fin.

Asi este hombre grande y fatal, despues de tocar en la perfeccion durante el consulado, abandona la politica fuerte y moderada de 1803 á la primera herida causada á su orgullo, se quiere lanzar sobre Inglaterra, se lo impide el continente, al cual tambien ha provocado; tras de castigarle cruelmente pudo tornar á la verdadera politica por un

esfuerzo de generosidad y de prudencia, la primera vez en Austerlitz y en Friedland la segunda; pero omnipotente sobre el mundo, á la par que debilísimo sobre si propio, se lanza al campo de las ilusiones, sueña con un vasto imperio de Occidente, que debe abarcar toda la Europa civilizada desde Polonia hasta España, por ayudarse á realizar su sueño halaga el sueño ruso; entretanto en Essling y en Wagram recibe la primera advertencia de la exasperada Europa, y piensa en aprovecharse de ella: con templanza y con parsimonia quizá pudo consolidar su quimérico imperio; mas incapaz de paciencia y de mesura quiere precipitar este resultado, y corre á Rusia, y solo precipita su propia ruina: despues de Lutzen y Bautzen aun pudo salvar de su grandeza mas de lo que convenia ser salvado, y por no aceptar en Praga esta transaccion con la fortuna, cae para no tornar á levantarse. Tal es este reinado en pocas palabras.

Si para hallar á este espectáculo extraordinario el verdadero sentido retrocedemos un paso, como se hace con un objeto de demasiada magnitud para ser juzgado de cerca, si nos remontamos á la misma revolucion de Francia, entonces ya se explica todo, y vemos que es una de las fases de esta revolucion inmensa, fase trágica y prodigiosa como las otras y que reconocemos en el carácter esencial del reinado imperial; la intemperancia. De 1789 á 1800 asistimos al primer arranque de la revolucion francesa; de 1800 á 1814 asistimos á su reaccion sobre si misma, cuya soberana expresion es el imperio; y el rasgo esencial de uno y otro periodo es el delirio de las pasiones. La revolucion francesa se lanza al

campo de las reformas sociales con el corazón lleno de sentimientos generosos, con el espíritu lleno de ideas grandes y fecundas, encuentra obstáculos, se asombra, se irrita de resultas, como si al rodar sobre esta tierra el carro de la humanidad no debiera hallar rozamiento, se arrebata, se pone ebria y furiosa, vierte en abundancia la sangre humana sobre el cadalso, revuelve el mundo, se revuelve ella misma contra sus propios excesos, y de este sentimiento nace un hombre, grande como ella, anhelando el bien á imitación suya, anhelándolo ardorosa y precipitadamente, por todos los medios, y á la sazón el bien consiste en que retroceda sobre sí misma, aplicándola repulsas sobre repulsas, y lecciones sobre lecciones. ¡Ah, cuando sólo se trata de lecciones á la revolución francesa, Napoleón se las da admirables! Condena el regicidio, la guerra civil, el cisma, el cautiverio del papa, la república universal, el furor de la guerra; y llama á los emigrados, restituye el papa á Roma, celebra el concordato, otorga la paz de Luneville y de Amiens á Europa. Mas todo se vuelve obstáculos el mundo, ora se camine hacia atrás, ora hacia adelante. A la primera ofensa de sus adversarios, digno hijo de su madre, intemperante como ella, no admitiendo ni resistencias ni dilaciones, el primer consul se arrebata, y comete el regicidio de Vercennes, torna á producir el cisma, detiene al papa en Fontainebleau, vuelve á caer en la guerra, esta vez general y continua, á la república universal sustituye la monarquía universal, y fenómeno de pasión inaudito, á semejanza de la revolución, de la cual no es más que el continuador, el representante ó el hijo, como quiera llamarsele, deja

detrás de sí inmensas calamidades, grandes principios y una gloria deslumbradora. Las calamidades y la gloria para Francia, los principios para el mundo entero.

Si tras el asombro, la admiración, el espanto que se experimenta á la faz de un espectáculo de esta especie, se desca sacar una lección profunda y para jamás olvidada, fuerza es decir que el primer deber es contenerse, lo mismo tratándose de la revolución mas excelente y generosa que del hombre de mas alteza. Lección trivial! se dirá acaso. Trivial sí, en su texto, mas siempre nueva observando cómo la aprovechan al sucederse las generaciones; lección que hay que repetir de continuo, pues contiene por sí sola el resumen de la prudencia pública ó privada. Con efecto, jamás falta el arranque á los individuos ni á las naciones, y menos á las grandes naciones, y á los grandes individuos. Lo que les falta es el comedimiento, la razón, el dominio de sí propios. Así para los hombres públicos ó privados, insignes ó vulgares, como especialmente para las revoluciones, que no son mas que un arranque irreflexivo hacia el bien amenudo, en contenerse estriba todo el secreto para que resalten la honradez y la habilidad, y para alcanzar la ventura, y en suma la victoria. De no contenerse, esto es, de no dominarse, al cabo se pierde la causa que á fuerza de amor se ha querido hacer triunfar por la precipitación ó la violencia. Jamás perdamos de vista tres ejemplos dignos de perenne memoria; la Convención perdió la libertad, Napoleón la grandeza francesa, la casa de Borbon la legitimidad, es decir, aquello cuya especial defensa tenían á cargo. Mas en lo de perder

fijamente decimos demasiado, pues las grandes cosas nunca están perdidas en este mundo, no están mas que comprometidas.

Después de juzgar el reinado de Napoleon habria que juzgar al hombre como militar, político, administrador, legislador, pensador, escritor, y señalarle su puesto en esa gloriosa familia en que se cuentan Alejandro, Anibal, César, Carlo Magno, Federico el Grande. Mas para que el juicio fuera cabal, convendria que la carrera del hombre estuviese terminada. No lo está en la isla de Elba. Todavía reservaba la Providencia á Napoleon dos pruebas distintas: le debia poner delante de las potencias de Europa ocupadas en repartirse nuestros despojos, y turbadas en este reparto por su vuelta de la isla de Elba; y sobre todo, le debia colocar por un momento delante de la libertad renaciente. Aun nos falta describir este espectáculo triste y trágico dado en 1815, durante el período denominado los *Cien días*. A continuación podremos juzgar al hombre del todo, y después de juzgar al hombre imparcialmente nuestra tarea quedará acabada, y dejaremos á la posteridad que juzgue nuestro juicio, si se dignare atenderlo para revisarlo ó confirmarlo.

FIN DEL TOMO DIEZ Y SIETE.

INDICE.

LIBRO CINCUENTA Y UNO.

LA INVASION.

Desorganizacion del ejército francés á su llegada junto al Rhin.—Apuros de nuestras tropas en Italia y en España.—Operaciones del príncipe Eugenio en el Friuli durante el otoño de 1813, y su retirada sobre el Adige.—Operaciones del mariscal Soult en Navarra, y sus esfuerzos infructuosos para salvar á San Sebastian y á Pamplona.—Su retirada sobre el Nive y el Adur.—Retirada del mariscal Suchet sobre Cataluña.—Deplorable situacion de Francia, donde todo estaba prevenido para la conquista y nada para la defensa.—Sublevacion de los ánimos contra Napoleon por no haber celebrado la paz después de las victorias de Lutzen y de Bautzen.—Ignorancia de esta situacion por parte de los aliados.—Espantados á la sola idea de cruzar el Rhin, piensan en hacer nuevas proposi-